

CAPITULO V

La Persia desde el fin de las guerras médicas hasta el advenimiento de Darío.—Suspension de la lucha.—Estado de la Persia.—Sucesion de Artajerjes.—Artajerjes II y el joven Ciro.—Retirada de los diez mil.—Guerra contra la Jonia.—Tratado de Antalcidas.—Preeminencia de la Persia en Grecia.—Rebeliones en Persia.—Revoluciones palaciegas.—Artajerjes III.—Darío Codomano.

Suspendida la lucha por algun tiempo, la Persia se habia visto obligada á humillar sus armas delante de la pequeña república de Atenas. El poder de Artajerjes se habia rendido ante el genio de Cimon. Ahora, pues, corresponde hablar de cada uno de estos países separadamente en su historia particular.

El gran rey se habia visto precisado á comprar la paz á toda costa, y dirigir todas sus fuerzas contra los revoltosos del Egipto. Seis años duró la insurreccion. Megabises, el vencedor de Menfis, se declara independiente, derrota por dos veces las tropas de su soberano, y le dicta condiciones de reconciliacion.

Pausiris, hijo del jefe de los rebeldes de Egipto, de Amirteo, Amen-red, es reconocido como rey, y el poder queda sólo en «Artacheseses,» como dicen los monumentos (1). La paz se hizo á este precio, y el Egipto conservó las guarniciones persas. Herodoto las encontró cuando por este tiempo realizó su famoso viaje á las orillas del Nilo.

Entre tanto el débil Artajerjes, bajo el dominio de su mujer y de su madre, arrastra deshonrosa vida en la indolencia del serrallo, y muere olvidado (424).

Las revoluciones se suceden despues de él. Su único hijo legítimo, Jerjes, Schir-Schah, «el rey leon,» es asesinado por un bastardo, Sogdiano, que, seis meses despues, pereció á manos de otro bastardo, Oco. Este último reinó con el nombre de Darío, Dara ó Darayavus. Los años de su reinado, que no es sino el de los

(1) Brugsch, *Historia de Egipto*, t. I, p. 277.

eunucos y de la princesa Parisatis, la «Banu-y-Banuyan,» se cuentan por sublevaciones y revueltas. Artajares, Arsites, Pisuthnes, quieren derribarle; no huye, y se venga por medio de infames perfidias.

Los egipcios habian vuelto á tomar las armas. Darío reconoce á Amisteo II, Amen-red, su rey, porque no puede hacerle asesinar, y Egipto queda libre para sesenta años. La Persia en adelante disfrutó de tranquilidad; tambien el oro de Susa y las intrigas de los sátrapas del Asia Menor alimentaban las querellas de la Grecia. Pero en 407 Darío dió á su joven hijo Khosru, Ciro, el gobierno del Asia Menor; esto fué para el imperio y para sus principes una fuente inagotable de males.

Darío se arrepintió bien pronto de su eleccion. Se vió obligado á recordar al gobernador que sus crueldades le hacian odioso. Khosru esperaba suceder á su padre. Pero Darío murió en 404, y Artajerjes, Arthakscharta, Ardschir, «leon y leche,» que se habia librado del puñal de su hermano, ciñó la tiara.

Las lágrimas de Parisatis salvaron al asesino, que Ardschir volvió á enviar á sus satrapías. Esto era ofrecerle el medio de sostener por las armas las pretensiones que habian fracasado en el crimen. Khosru reunió á todos los descontentos y á todos los fugitivos de la Grecia; en esta época no faltaban proscritos ni aventureros, y, á la cabeza de cien mil bárbaros y de trece mil griegos, el joven principe marchó contra su hermano. Quería llegar á Babilonia, apoderarse de ella, y hacerla cabeza de su nuevo imperio. Ardschir se anticipó, y los dos



ejércitos se encontraron en Cunaxa, á una jornada de la ciudad real, sobre las orillas del Eufrates. «Veíase como un polvo parecido á una nube blanca, que se echó en seguida sobre el llano (1);» estos eran los batallones del gran rey. Los griegos, con su acostumbrada impetuosidad, cargan á la carrera á las tropas persas, que abandonan cobardemente sus posiciones. En vista de esto, Khosru no puede contenerse: quiere decidir la batalla, se arroja rápidamente en direccion del schah, gritando: «Veo el hombre!» se lanza con el mayor ímpetu sobre él, y le hiere en el pecho; pero á su vez es herido en un ojo por un golpe de javelina. Entáblase entonces entre los dos hermanos una lucha desesperada. Ardschir, en fin, se desenvuelve, y mata al joven principe. «Así murió Ciro, que es, dice Jenofonte, entre todos los persas que sucedieron al antiguo Ciro, el que tuvo alma más grande y el que mereció reinar mejor que ninguno de ellos, como lo afirman todos los que le conocieron intimamente (2).»

Los griegos no supieron la muerte de Ciro hasta el dia siguiente. En este dia se les pidió las armas, como formando parte de todo lo que era propiedad del principe su señor: pudieron responder como Leonidas, que fuese á tomarlas; y Artajerjes Mnemon quiso mejor recurrir á la perfidia. Les ofreció honrosas condiciones y un regreso fácil; y apenas se habian puesto en marcha, cuando se asesinó á sus principales oficiales. Pero esto no les desanimó.

Entonces es cuando comienza la famosa «anabasis,» una de las más maravillosas «retiradas» de que hay memoria en los fastos militares. Perdidos en medio de países desconocidos y enemigos, cercados por un formidable ejército, hostigados por continuos ataques, los griegos se formaron en masa cerrada y se pusieron en marcha.

«Había en aquel reducido ejército un ateniense llamado Jenofonte, que no era general, ni capitán, ni soldado, sino que servia en calidad de voluntario (3).» Sobre este hombre re-

(1) Jenofonte, *Anabasis*.

(2) *Anabasis*, c. I.

(3) *Anabasis*, c. III.

cayó todo el peso y la gloria de la retirada, de que él fué historiador. Era cosa digna de ver á este pequeño ejército de infantería, con cincuenta jinetes improvisados y algunos honderos de Rodas, como tropas ligeras, marchando sin descanso á través de países desiertos ó ignorados, expuestos á todos los inconvenientes de un clima tan pronto ardiente como glacial, batiendo sin cesar á los innumerables batallones de persas, obligado á conquistar su campamento de la noche y sus víveres del dia. Los griegos recorrieron de este modo doscientas quince jornadas (1) durante quince meses: llegaron, en fin, al Helesponto despues de inauditas fatigas (399). Habian atravesado toda la Media y sus desiertos; habian pasado el Tigris y el Eufrates en sus fuentes; habian recorrido la Armenia y toda la Cólquida. Descendieron hasta la Tracia, y en fin, en Partenium, Timbron les tomó á sueldo de Esparta.

Artajerjes habia visto en la expedicion de los diez mil una declaracion de guerra. Tisafernes, al volver de la persecucion de estos héroes, cae sobre la Jonia y quiere someter á todas las ciudades griegas. Ruegan estas á Esparta que les envíe cinco mil hombres. Ayudado de las tropas de Jenofonte, Timbron toma algunas ciudades de la Troade, y su sucesor Dercilidas somete toda el Asia á la dominacion de su patria. El rey Agésilao va á reemplazarle (397). La destruccion de la Frigia y de la Caria, y una gran victoria sobre el Pactolo hacen temblar al rey de Persia. El sátrapa Titraust ofrece á Agésilao enormes sumas para que evacue el país; el espartano las acepta y se arroja sobre la Frigia, y apoderándose del gobernador le reduce á la obediencia de Lacedemonia, al mismo tiempo que favorece la rebelion de los egipcios. Se pone entonces á la cabeza de veinte mil griegos y un sinnúmero de bárbaros, y marcha por el camino que habian trazado los diez mil.

El schah tiene miedo y cree su trono amenazado; pero el oro de la Persia produce sus frutos en Grecia. Esparta, atacada por todas partes, llama al vencedor Agésilao, y la Persia se

(1) Dos mil cuatrocientos kilómetros.

considera libre por el momento. Es verdad que el gran rey acaba de levantar á sus expensas las murallas de Atenas que su predecesor habia en otro tiempo destruido; paga la flota de Conon y la de Corinto, y para colmo del insulto, sus propias naves á las órdenes de Atenas reclaman la supremacía de las Cicladas, de la Jonia y de la Eólida. Pero el sátrapa Teribaces hace matar á Conon y dicta los artículos del tratado de Antalcidas.

Este hábil hombre, que á pesar del favor que le concedía Esparta, sabía tan bien acomodarse á las «delicias y superfluidades» de la Persia, que tenía «el corazón de bailador» delante de Artajerjes, y «remedaba por burla á Leónidas y á Calicrátidas,» los más valientes guerreros de la Grecia, habia acabado por cautivar al gran rey, hasta el punto de que este último le enviaba al banquete coronas de flores empapadas en los más deliciosos perfumes. Firmó esta paz memorable y vergonzosa, que entregaba las ciudades griegas del Asia con las islas de Chipre y Clazomene, no dejaba á Atenas más que la supremacía de Imbros, de Lemnos y de Esciros, y sacudia el yugo de las demás repúblicas. Todo el que no se sometiera incurriría en la indignación del gran rey, y sería expuesto á las armas de Esparta.

Los espartanos no pensaban más que en su poder. Viene despues la guerra de Tebas, y la Hélade, cada vez más debilitada, no será ya más que una satrapía á discreción de este rey que ella acaba de hacer bambolear.

Ciertamente debió ser esto una grande alegría para Artajerjes, porque veía que la obra comenzada por este tratado se continuaba con tan buen éxito. Era tomado por árbitro en las cuestiones de estas repúblicas tan fieras y tan corrompidas, y se complacía en considerar las victorias que valían á Tebas su alianza y su auxilio. Al mismo tiempo sus escuadras derrotan á la de Chipre, abandonada por Antalcidas.

Pero la Persia no tenía más fuerza que la de la corrupción. Había tenido mal éxito contra el pequeño rey Evágoras, que sometió á Salamina, y pagando un tributo anual, trataba, por tanto, de igual á igual con el gran rey. Ve á Akar, Arcorites, el sucesor de Naif-au-

red, Neferites, hacerse independiente y volver á comenzar una especie de dinastía procedente de Mendes, en el bajo Egipto. Los cadusios dispersan los ejércitos de Artajerjes. Avergonzado y desalentado, no se ocupa ya sino en las miserias del serrallo. Los sátrapas se sublevan. El cario Datamo, que llega á sujetarles, no encuentra otro refugio contra el desconfiado déspota que la rebelión, y derrota todas las tropas de la Persia. Pero es entregado por traición, y Datamo muere asesinado.

Y sin embargo de esto, Artajerjes reinaba realmente en Grecia; á una orden de su «divan» Atenas llama á Chabrias, que defendía el Egipto. Las repúblicas griegas hacen la paz y suministran auxilios; y como dice Plutarco, «Artajerjes dirige contra los egipcios á sus sátrapas Farnabaces de Asia é Ificrates de Grecia con doscientos veinte mil hombres.» El desgraciado éxito de ésta expedición, debido á los Orientales, recae sobre Ificrates, que Atenas somete á juicio, obedeciendo á un mensaje de Susa.

La afrenta era completa, ¿y qué era por otra parte esta Persia que mandaba con tanta altanería? Un cadáver en disolución.

Todos los sátrapas de las provincias occidentales y marítimas se sublevan; Argesilao les apoya y pasa á Egipto. «Una defección tan prodigiosa quita á Artajerjes la mitad de sus rentas; las que le quedan no bastan para sufragar los gastos de la guerra que ha de sostener (1), y el gran rey echa mano de la traición para conjurar este gran peligro. El jefe de la confederación le entrega los capitanes y el tesoro, y las provincias se someten. Argesilao va á imponer la ley á Egipto, y perece el aventurero sobre la costa de la Libia (362).

El gran rey no era feliz en su palacio, y las espléndidas obras que ejecutaba no le consolaban (2).

(1) Diodoro, c. XV, 90, 91, Poirson, *Compendio*, c. XIX.

(2) Queda de él una inscripción encontrada en Susa, que prueba la terminación de un «apadana» ó tabernáculo. El rey Artajerjes dice: «El gran rey, el rey de los reyes, el rey de las provincias que hay en toda la superficie de la tierra, hijo del rey Darío, hijo del rey Artajerjes, hijo del rey Darío, hijo del

Ya Dara, su hijo primogénito, conspiró contra sus días, y pagó con su cabeza la tentación del parricidio; Oco mata á dos de sus hermanos y aspira al trono. Devorado por los disgustos y por las desazones, Artajerjes muere y Oco afirmó su usurpación por el asesinato de cincuenta personas de la familia Kaiánida.

En cuanto á lo demás, su reino ofrece el mismo espectáculo que el del precedente; el rey no es dueño de su imperio; es más débil que la más débil de las repúblicas griegas, y domina sin embargo en Grecia.

Los sátrapas se sublevan; Artabaces, gracias al apoyo de Atenas y de Tebas, derrota por tres veces á los «merzebanes,» generales de Oco; pero los griegos se retiran y Artabaces sucumbe. Despues corresponde el turno á la Fenicia y á los nueve pequeños reinos de Chipre; en fin, á todas las provincias marítimas: sucedía lo mismo que en tiempo de Artajerjes Mnemon. Pero Oco dió orden á la Grecia de auxiliarle, y Focion sometió á Chipre, y los soldados de Argos y de Tebas asolan á Sidon, deshacen en Pelusa al rey Necht-or-heb, Nectanebo, de Egipto, fundador de una nueva dinastía sebitica, y devolviendo á la Persia esta importante posesión.

Oco está tranquilo y el serrallo es el que goza. Histaspes, de la raza de los aqueménidas; este «apadana,» Darío, mi antepasado, le hizo en pasados tiempos; el padre de mi padre, Artajerjes, le terminó, bajo la protección de Ormuzd y de Mithra; yo le he completado.» J. Oppert, *op. cit.*

bierna. Pero al fin, el favorito Bagoas se cansa de reinar bajo el nombre de su señor, y le asesina á él y á todos sus hijos y coloca en el trono de Djemschid al niño Arses, á quien también mata para reemplazarle por Darayvus, Darío Codomano (336).

En el mismo año Alejandro, rey de Macedonia, sucedía á su padre Filipo.

«Vencidos en Maraton, en Salamina, en Platea y en Micala; vencidos por los diez mil y por Argesilao; vencidos, en último término, por los atenienses y los tebanos, los persas, á los cuales los griegos habian probado con tanta frecuencia que estaban hechos para obedecerles; los persas, más débiles que Esparta, que Atenas y que Tebas, cada una en particular, dominaban, sin embargo, en Esparta, en Atenas y en Tebas (1).

Este era el resultado de la desmesurada y loca ambición, de las antipatías de razas, del despotismo de las grandes repúblicas y de las pretensiones de los pequeños, de todas las guerras, en fin, que desolaban la Hélade.

Pero la Grecia puede todavía ser fuerte y poderosa; su misión no está cumplida; se ha preparado por la guerra civil; la Macedonia se levanta para obligarla á entrar en el camino de la unidad. La Persia ha preludiado su ruina por la decadencia.

(1) Poirson, *Compendio de historia antigua*, capítulo XIX.